



BAJO EL TUSI Y LAS BALAS HAY UN NIÑO MUERTO

En septiembre el video de un velorio ocurrido en Alto Hospicio se viralizó en redes sociales. Ahí aparecían menores de edad consumiendo droga sobre el vidrio de un ataúd, entre balas y un arma de fuego. Opacado por las reacciones al video, cubierto con un jockey y lentes de sol, el joven difunto pasó casi inadvertido: tenía 15 años y soñaba con ser artista de trap. Apadrinado por un músico urbano, llegó a Santiago en junio de este año, en un intento por salir del “ambiente”, y evitar así un destino que parecía escrito. **POR ARTURO GALARCE, DESDE ALTO HOSPICIO**

El tuit publicado la noche del 9 de septiembre antecede las imágenes de un velorio ocurrido en Alto Hospicio. En el video de dos minutos, tomado de una cuenta de Instagram que publicó las escenas en sus historias, es posible cómo un menor es despedido por sus amigos que espolvoreaban tusi de color rosado y amarillo, una mezcla de ketamina y anfetaminas, sobre el vidrio del ataúd. Hay balas. Una corona. También un revólver. Bajo gritos y reggaetones de despedida, una adolescente que arma líneas de tusi con un trozo de papel. A continuación, otra adolescente enrolla un billete y se inclina para drogarse.

Las imágenes, que saltaron de las redes sociales a los portales de noticias en cuestión de minutos, se convirtieron en viral durante toda esa jornada, llegando incluso a medios internacionales.

Esa misma tarde, en Alto Hospicio, una mujer tomó el teléfono y abrió Facebook. En una página de noticias que sigue, vio el video del velorio. Más abajo encontró un meme: una ilustración de Cristóbal Colón, con cara de asqueado y la frase: “Mejor me devuelvo”. Más abajo, leyó algunos comentarios, antes de empezar a responderlos y pedirle a los administradores del sitio que bajaran el video: “un delincuente menos”, “bien muerta la lacra”, “bien muerto el glo”.

Era la madre del menor. Hacía pocas horas lo había sepultado.

El niño y los perros

Alto Hospicio. Toma El Boro. Mirna Aguirre (30), la madre de Matías, está sentada en el living de su casa, una estructura pequeña y de material liviano donde vive con su pareja y su hijo de diez años. Detrás suyo, sobre un fondo con nubes, está Matías, impreso en un póster. En sus manos hay anillos. Uno de ellos tiene el signo peso. Del cuello le cuelgan cadenas de oro. Afuera ladra un perro, mientras el sol del mediodía seca las pozas que forman las aguas grises que brotan de las casas. Mirna llegó aquí hace siete meses. Para ese entonces, dice, Matías ya casi no llegaba a dormir.

Morena, con los labios pintados y un pañuelo rojo en la cabeza, Mirna cuenta que nació en esta comuna. Que cansada de hacerse cargo de sus hermanos menores y de los golpes de su madre, se fue de la casa a los 13 años buscando refugio en un hogar del Sename. Ahí hizo amigas, cuenta, con las que de vez en cuando se escapaba a la playa a fumar marihuana. En uno de esos escapes conoció a un joven de 18 años de la caleta Chanavayita, de quien se embarazó a los pocos meses. Cuando nació Matías, cuenta Mirna, tenía 15 años, y juntos se fueron a vivir a la casa de los padres de su pareja, que no quiso participar de este reportaje.

—Al año me fui con el Matías —recuerda Mirna—. Me separé por violencia. Me pegaba feo y me maltrataba psicológicamente. Él me decía que tenía que aguantar los golpes por vivir ahí, pero no pude más y me fui donde mi abuela. Mi mamá no estaba. Llevaba tiempo viviendo en Coyhaique con una pareja. Mi abuela me recibió, y ahí estaba bien, tenía agua potable y una cunita para el niño, pero él me siguió buscando. Y yo volví con él.

La historia se repitió. Pero esta vez, cuando quiso regresar a la casa de su abuela, esta le negó el alojamiento. Al mismo tiempo que asistía a un colegio técnico donde las estudiantes de párvulos cuidaban a los bebés de otras alumnas —alrededor de 15, recuerda Mirna—, comenzó a trabajar como garzona y a vivir en una pieza. Sin embargo, apremiada por el dinero, y sin la ayuda del papá de Matías, abandonó los estudios y cometió sus primeros delitos: hurtos en tiendas y malls de la ciudad. El año 2010, reconoce Mirna, con varias órdenes de detención pendientes, fue detenida y condenada a cinco meses de cárcel. La tución de Matías, de entonces 3 años, pasó a manos de su abuela paterna.

—Cuando salí en diciembre lo primero que hice fue ir a ver a mi hijo —cuenta Mirna, que hoy tiene un emprendimiento de venta de comida—. Le llevé unas cositas de regalo, pero no me lo quisieron entregar. Recién en febrero lo pude recuperar. Mi suegra me dijo que el niño lloraba todos los días por mí, así que me lo devolví. Estaba feliz. Le pusimos “pandita”, por las ojeras que siempre tenía.

En la Escuela Diego Portales, donde Matías cursó prekínder y kínder intentaron advertir a Mirna: su hijo presentaba un mal comportamiento que debía ser atendido con tratamiento psiquiátrico después de una serie de evaluaciones psicológicas. Pero Mirna se opuso a la intervención. Y apenas salió del kínder lo cambió al colegio Simón Bolívar, también en Alto Hospicio. Durante esos años, Mirna recuerda una anécdota: la primera vez que Matías, a los 9, se escapó de la casa que ahora compartía con su madre, en otra población de Alto Hospicio.

—Subí su foto en Facebook para funarlo —dice Mirna—. Lo encontré yo misma dos días después, relajado, jugando a las bolitas en la calle. Me bajé del auto y le saqué la mugre. Una señora me miró y le dije: “¿Sabe por qué le estoy pegando? Porque no llegó a la casa en dos días”. “¿Sáquele la cresta nomás”, me respondió.

—A ese niño le faltó amor —dice al interior de una sala la inspectora del colegio Simón Bolívar, Mabel Úbeda—. Le gustaba que yo estuviera con él, que le tomara atención. Cuando lo echaron del colegio él siguió viniendo.

Tenía 10, 11 años. Aparecía con una montonera de perros que me decía que recogía de la calle. Yo creo que buscaba compañía en ellos. Yo inventaba que tenía algo que hacer y salía y lo regalaba. Le compraba un yogurt, fruta. Y él me contaba que estaba solo, que no quería estar en la casa, porque había muchos problemas, muchas discusiones. Yo le decía: “cuidate, Matías, que nadie toque tu cuerpecito, que nadie te haga daño. Trata de estar cerca de tu casa”. Él se acurrucaba y quedaba súper contento.

Mabel Úbeda, con la voz entrecortada, se seca las lágrimas. Después dice: —Quise hacer muchas cosas pero no pude meterme más —lamenta Mabel—. Me daba impotencia, porque yo decía: algún día voy a ver un anuncio en el diario y voy a ver que algo le pasó a Matías. Me va a quedar en la conciencia, pensaba. Pero yo sí moví puertas.

—¿Qué tipo de puertas?

—Hablé con una señorita de OPD (Oficina de Protección de Derecho de Infancia), de la municipalidad. Le dije que Matías era recuperable y escondida le di el nombre del niño y su dirección, porque tantas veces insistí acá y no hicieron nada.

—¿Qué le decían cuando usted pedía ayuda para Matías?

—El orientador que había en esa época me dijo: “¿En serio te quieres meter en ese problema?”. Me dijo que mejor dejara las cosas así porque además no era mi función en el colegio. Y que si la familia no quiere defenderlo, estos niños mueren en su ley y no se puede hacer nada.

Mirna dice que nunca la contactaron. El año 2018, Matías dejó de estudiar. Los días los pasaba en la calle, donde ya era reconocido en el barrio tanto por salir a jugar como por robar en los almacenes, o meterse en problemas con los hijos de los vecinos. Su sueño, le decía ahora a su madre, era ser millonario. Su canción favorita: “Está cabrón”, del reggaetonero puertorriqueño Ñejo y el estadounidense Gotay.

En verdad que está cabrón

Yo que salí de un callejón

Dejándoles saber que me hice millo sin tener educación

Es que me puse pa' lo mío y cuando vine

Abri los ojos ya tenía dos carros del año y la mansión

Guatón chico

Damián no se llama así. Desde una ciudad que tampoco puede revelar, recuerda cómo Matías se acercaba y se alejaba hacia el final del pasaje esa noche, asustado. Eran las cinco de la madrugada del 20 de octubre del 2019. Horas antes, llorando, Matías le había contado que después de fumar unos pitos con el Enzo (17), este mismo lo había “cogoteado”, robándole dinero en efectivo y una cadena. Por eso ahora estaba ahí, con un cuchillo en el pantalón, listo para cobrar venganza por su amigo.

—Me metí a la casa —cuenta Damián (19), al teléfono desde la ciudad donde se trasladó después de cumplir condena—. Tenía rabia porque éramos amigos también con el Enzo, pero pensaba cómo había hecho, cogotear al cabro chico que vivía en mi casa. Cuando salió el Enzo me pasó la cadena y ahí lo maté. Nos fuimos pa' la casa, le conté a mi mamá, que estaba durmiendo, y no me creyó. Con el Matías nos pusimos a ver Netflix.

Al día siguiente la PDI llegó a la casa de Damián. Matías fue detenido y prestó declaración en calidad de testigo. Damián escapó y luego de cinco meses prófugo fue sorprendido en Pica, y condenado por el homicidio de Enzo Hidalgo Hidalgo. La madre de Damián prefiere mantener su nombre en reserva. Ella recuerda lo que ocurrió con Matías después de ese episodio.

—Ese niño no tenía quién lo fuera a retirar cuando lo detuvieron —recuerda la mamá de Damián—. Decía que no tenía a nadie, aunque luego fue un familiar a buscarlo que mi hija contactó.

Matías llevaba algunas semanas viviendo en la casa de Damián, en la población Raúl Rettig de Alto Hospicio, hasta donde había llegado después de conocerlo en la calle.

—Yo le puse “Guatón chico”. Él nos veía a nosotros con las pistolas y se engrupía, quería ser como nosotros, pero no era malo —recuerda Damián—. Se compraba pistolas de juguete. Todos los niños en mi pobla se compraban de juguete para darle el corte, nomás.

Marcado por los hechos, Damián recuerda que Matías prefirió irse de su casa. Así llegó a Valle Verde, en Iquique, un conjunto de blocks que se convirtió en la zona cero de las manifestaciones. Ahí recuerdan a Matías: jugando, tirando piedras a Carabineros, fumando cigarrillos o marihuana. Por las noches, recuerda Rogelio (21), sentado en la plazaola de los blocks, Matías se iba a dormir a un vehículo abandonado en otra población cercana. Al día siguiente, volvía a aparecer.

—Él nos decía que no quería ser delincuente —dice Rogelio—. No quería andar haciendo esas cosas. Cuando estaba con nosotros hacía cosas de niño. Llamaba la atención ver un niño tan chico en la calle. Jugaba, conversaba, hablaba de monitos animados. Nunca hablaba de su familia. Le preguntábamos, pero nunca nos quiso decir. Hicimos que le cortaran el pelo, lo invitábamos a almorzar. Si andaba metido en cosas, porque igual tenía sus monedas, a veces, pero era por necesidad.

En las ocasiones en que Matías aparecía por su casa, Mirna lo veía contando dinero o con prendas nuevas. De vez en cuando, dice, le pasaba a ella 10, 20 mil pesos. Sin embargo, reconoce, nunca quiso interiorizarse en la manera en cómo su hijo conseguía la plata. En la población Jorge Inostroza, también en Iquique, Matías se hizo conocido de la misma forma en que llegó a las anteriores poblaciones: solo, sin techo, con hambre. En ese lugar conoció a un grupo de artistas de trap de la región. Uno de ellos, de 21 años y al que llamaremos Francisco, le ofreció alojamiento en su casa.

—Le dije: “hermano, tenis mente” —recuerda Francisco—. “¿Queris cantar? Yo te puedo ayudar”. Le hice un correito para que empezara a moverse. No era un mal cabro, no más que como todos los niños que ven que lo que está de moda es lo que es malo. Lo veía en la calle, igual, y la gente más grande que lo influenciaba jugaba con su mente. Pero él quería un cambio, no le gustaba su estilo de vida. Quería estudiar gastronomía o convertirse en cantante.

—¿Qué le decías cuando te contaba que quería convertirse en cantante?

—Le decía: “hermanito, por tu vida podís hacer las medias letras y triunfar, tenis todas las manos”. Pero era un niño chico. Andaba rebotando de aquí pa' allá. De esa manera, por más que uno quiera surgir, por el ambiente y las juntas no se puede.

Matías se asentó entonces en la población Jorge Inostroza, donde se sumergió en el mundo de la música urbana. De hecho, aparece en un video grabado ahí mismo, luciendo fajos de billetes de 20 mil pesos. Aunque siempre mantuvo contacto

con su madre a través de Instagram o mensajes de WhatsApp, casi no iba a su casa. Y cuando lo hacía, dice Mirna, había discusiones, sobre todo por la comida.

—Con todo mi amor le hacía una cazuela —cuenta Mirna—. Y él me decía: “puta, la huev, te dije que hicierai chuleta”. No soy narco, le decía yo. Si usted está acostumbrado a juntarse allá donde hay lujos, problema suyo. Acá puedo darle lo que puedo darle. Allá donde estaba claro, po', todas las noches un delivery, una comida china.

Frecuentando conciertos de trap en la región, cuenta Francisco, el año 2021 Matías conoció a Bairon Daniel, alias El Bai, un cantante santiaguino, reconocido en la escena de la música urbana chilena. John Daniel (52), el padre de El Bai, contesta su teléfono. Su hijo no quiso participar de este reportaje. John, desde su casa en Cerro Navia, explica el vínculo entre su hijo y Matías.

—Mi hijo se vio reflejado en él de alguna manera —dice John, desde su casa en Cerro Navia—. Lo vio solo y me dijo: “papá, quiero ayudarlo pa' que tire pa' arriba, pa' que se convierta en artista”.

Él intentó ayudarlo, pero el ambiente de estos niños es más fuerte, quizás.

El 26 de junio de este año, Mirna llamó a Matías para pedirle que pasaran esa noche en familia. Era el cumpleaños número 15 de Matías. Para acercarlo le dijeron que harían una fiesta para él en la casa de su abuela. Sin embargo, la respuesta de Matías la dejó confundida: le pidió un certificado de nacimiento. Mirna le preguntó para qué, y Matías le respondió que la madre de un amigo lo ayudaría a ingresar a un colegio 2xl. Emocionada, descargó un certificado y se lo hizo llegar.

—“No te vayas a olvidar que te vamos a hacer una festita, así que trata de llegar”, le dije antes de cortar —recuerda Mirna—. Le preparamos saladitos, hicimos un asadito, su torta de marihuana que a él le gustaba. Pero no llegó. Le mandé un mensaje asustada, pero me dijo que no iba a llegar. Después me mandó la foto de un ala de un avión.

Milan di menor

Mirna camina por el cementerio Parque del Sendero, en Iquique. En la tercera explanada, la última del parque, y en la



Cuando Mirna se encontró con el velorio de su hijo publicado en redes sociales sintió rabia de los comentarios. Sobre todo, dice, “porque no estaba en mis manos detener la forma en que lo despidieron”.

última esquina, está la tumba de Matías, decorada con una decena de remolinos que giran con el viento. Junto a la lápida está su nombre escrito con luces led. En general, cuenta Mirna, cuando viene trae su parlante y escucha canciones que le recuerdan a su hijo. También se encuentra con regalos que la gente le trae. Esta vez hay un *jockey* y una cadena dorada con un buda. Hay paquetes de Super 8, dulces, una Gatorade y una pala tusera (herramienta para consumir tusi, una mezcla de ketamina y anfetaminas) con la forma de una metralleta.

—Esta es su casita —dice Mirna—. Está bonita su casita.

Sentada, cuenta que Matías utilizó el certificado de nacimiento para viajar sin compañía hacia Santiago. Que allá lo recibió El Bai, en su casa, en Cerro Navia. Que ella sabía de esa amistad, pero solo por lo que su hijo de vez en cuando le contaba. Desde Santiago, el padre del artista, John Daniel, recuerda su reacción cuando vio al niño llegar a su casa.

“Yo le puse ‘Guatón chico’. Él nos veía a nosotros con las pistolas y se engrupía, quería ser como nosotros, pero no era malo. Se compraba pistolas de juguete. Todos los niños en mi poble se compraban de juguete para darle el corte, nomás”.

—“¿Y su papá, su mamá? Es un niño de 15 años, ¿de dónde viene?”, le pregunté —cuenta John Daniel—. El Bai me dijo que prefería que el niño estuviera con él, que así estaba más seguro. Le dije que era una responsabilidad inmensa. En el ambiente de ellos tienen otros códigos. Estuvo algunas semanas con nosotros. Llegaba, salía a grabar con mi hijo. A veces lo pillaba hablando de pistolas. Vaya a saber uno. Uno está aislado de ese mundo en el que están los jóvenes. Yo sé lo que mi hijo hace en mi casa, pero afuera no.

Verónica Lobos (50), la madre de El Bai, estuvo más cerca suyo durante esas semanas: dice que lo veía con su hijo, tirados en la cama, conversando las ideas que este tenía para él. Que cantara sus letras, le decía, con sus vivencias, e intentara alejarse de la pobreza y los malos pasos.

—Ese era el fin —dice Verónica—. Tú notabas al tiro que le faltaba afecto. Era cariñoso. Caballero. Pero era una persona grande en cuerpo de niño. Fumaba, tenía otras adicciones. Yo hablé con él. Le dije: “aquí te

vas a poner a estudiar, porque eres chiquitito todavía. Te voy a tratar de meter al colegio”. Pero él no quería. Preferí no presionarlo para que no se fuera otra vez a la calle.

De esos días hay fotos de Matías con artistas de la escena del trap como Pablo Chill-e, a quien también admiraba. Ahí se le ve, en los *backstage*, etiquetado en Instagram bajo su nuevo seudónimo, “Milan di Menor”. John y Verónica lo veían entrar y salir con su hijo, comiendo papas fritas con ketchup o fumando marihuana. Según Verónica, Matías se sorprendía de las dinámicas familiares: orar antes de comer, conversar en familia o hasta que le ofrecieran una toalla para ducharse. Una tarde, aprovechando que El Bai no estaba, Matías tomó algo de ropa y se acercó a Verónica.

—Me dijo: “tía, me voy yo, porque usted sabe, yo no soy de casa” —recuerda Verónica Lobos—. “No me gusta estar en cuatro paredes”. Llegó y se fue. Antes de que se fuera le di mi número para que me avisara por cualquier cosa. Pero no me llamó. Cuando le dije a

mi hijo, quedó plop.

Ni antes ni después de esa despedida los padres de El Bai contactaron a Mirna. Mirna tampoco lo hizo con ellos. El Bai, cuenta su padre, si mantuvo el contacto con Matías: según él le envió dinero para que se mantuviera durante esos días. Dos semanas después, la madrugada del 5 de septiembre, los golpes en la puerta despertaron a Mirna. “¡Tu hijo!, ¡lo mataron!”, fue lo único que escuchó al abrir.

—Era una amiga. Yo me caí al suelo —dice Mirna—. De ahí para adelante no me acuerdo de nada más, hasta que estaba en el aeropuerto.

Mirna cuenta que subió a un avión por primera vez en su vida para retirar el cuerpo de su hijo en el Servicio Médico Legal de Valparaíso. La policía ya le había informado lo ocurrido: su hijo había sido trasladado por desconocidos al hospital Gustavo Frické, de Viña del Mar, con un balazo en el tórax que le provocó la muerte.

Esa misma noche, dice Mirna, Matías fue velado en una casa en Valparaíso, donde se alojaba desde que se fue de Santiago. Mirna presume que su hijo llegó ahí como tantas veces lo hizo en otros lugares. El Bai también llegó esa noche. Cantó para los presentes y tomó el celular de Mirna para grabar un video que subió a sus redes sociales, luego que los cercanos a Matías en el norte lo culparan por la muerte del niño. Ahí dijo: “Todos saben que el Matías era mi hermano chico, aquí con la mamita, Dios lo tenga en su santo reino, murió vivo, hermano, porque somos unos *saiyajines*. Nada más que decir. Nunca te voy a olvidar. Cuidame de mis amigos, que de mis enemigos me cuida yo”.

Al día siguiente, Mirna regresó a Alto Hospicio. El cuerpo de Matías llegó la madrugada del 8 de septiembre, según informó Carabineros a la fiscalía de Tarapacá, en un avión arrendado en Santiago. Con bengalas en las manos, familiares y amigos de Matías lo esperaban en las afueras de la sede donde sería velado toda la noche. Disparos y una torta de fuegos artificiales fueron lanzados al aire. Un noticiero dijo que Mirna no estuvo presente por una orden de detención pendiente, pero ella dice que sí estuvo. Otros presentes también reconocen haberla visto ahí. Al día siguiente, Mirna Navarrete, la bisabuela de Matías llegó a la sede. Sentada en el living de su casa, cuenta que la noche anterior había llevado sandwiches y un termo con té para quienes despidieran a Matías. Antes de llevarlo al cementerio, un grupo de jóvenes rodeó el féretro, sin dejar pasar a los familiares. Rogelio cree que tenía que ver con lo que



La inspectora Mabel Úbeda intentó que el colegio interviniera en el caso de Matías. “¿En serio te quieres meter en ese problema?”, dice que le respondió un orientador.



Varios remolinos decoran la tumba del menor. Cada vez que va, su madre encuentra algún regalo: un jockey, una cadena, una pala para consumir tusi.

Matías les transmitía en la calle: ellos eran su familia.

—A la Mirna la reté varias veces —dice la bisabuela de Matías—. “Mira lo que están haciendo con tu hijo”, le decía. Me costó mucho acercarme para verlo. Cuando pude llegar, ví al niño en su cajoncito, y ahí estaba, todavía lleno de ese polvo.

Según la Brigada de Homicidios de Valparaíso, aún continúan investigando para establecer la dinámica de los hechos. Tampoco han individualizado al autor o los autores del homicidio.

Destino

Después del funeral, la noche del 9 de septiembre, las imágenes se viralizaron a través de Instagram. La fiscal en jefe y especialista en delitos violentos de Tarapacá, Virginia Aravena, lo recibió en su celular. Tuvo una sospecha apenas los vio:

—No salía dónde era, pero me imaginé inmediatamente que era Alto Hospicio —dice la fiscal Aravena—. “Por favor, que no sea Alto Hospicio”, dije. Matías no era conocido en la comuna por temas delictuales, hay que dejar claro eso, pero la dinámica del velorio era la misma que venimos viendo desde abril del 2020, cuando comenzó una guerra entre bandas rivales de adolescentes.

Desde esa fecha, dice la fiscal, han fallecido 12 personas asociadas a ese conflicto, la mayoría de ellos menores de edad.

Damián, desde la ciudad donde se encuentra, dice que lamenta no haber estado presente para despedir a su amigo, pero no puede volver a la región:

—Fue fome —dice Damián—. Es que igual, se me han muerto casi todos mis compañeros. Un amigo que también lo han tratado de matar varias veces me

dijo: “Viste, compañero, el ‘Guatón’ se fue pa’ Santiago pa’ estar mejor y se murió igual. Estamos muriéndonos todos”.

Mirna, al interior de su casa, toma su celular para reproducir un tema que El Bai compuso para su hijo. La música sale por un parlante. El mismo que lleva al cementerio cuando visita a Matías. Allá se sienta. Fuma marihuana. Sube una historia. Llorando, escucha la canción:

*No le hablen de amor a un menor que se crió entre el odio
Obvio que tuvo que salir a buscarlo
Ángel criado entre demonios, la glock su ángel de la guarda
Soñaba con ser un magnate
El único menor dentro de la disco con la 17 enganchá
Siempre andabai a lo gangster
Traté de sacarte pero a ti te gustaba andar a lo flaité*

Club
de Lectores
EL MERCURIO

Viajes Club de Lectores

EL MERCURIO



El Doral Golf Resort & Spa - Miami

16 al 23 de abril de 2023

Un exclusivo programa de 5 noches, donde los socios harán 3 rondas de golf en compañía de Roy Mackenzie, importante figura del golf en Chile, ex jugador del European Tour.

\$3.315.420* / US\$ 3.390
por persona en habitación doble Golfista

\$2.596.590* / US\$ 2.655
por persona en habitación doble No Golfista

Incluye:

- Pasajes aéreos Santiago / Miami / Santiago vía American Airlines
- 5 noches de alojamiento en Trump National Doral Miami en habitación Deluxe Guestroom Double con desayuno incluido.
- 3 rondas de golf con carro en las siguientes canchas:
 - Silver Fox.
 - The Red Tiger.
 - The Golden Palm.
- Impuestos locales y en destino.
- Seguro de Asistencia en viajes y rastreo de equipaje.

Bariloche, Hotel Llao-Llao

11 al 16 marzo 2023

Studio Lago: Amplio y elegante con vistas al Lago Moreno
Habitación en emblemático edificio Bustillo en donde se integran dormitorio y estar en un espacio amplio y elegante con vistas al lago Nahuel Huapi o al Lago Moreno (40m² aprox.).

\$2.140.842* / US\$ 2.189
por persona en habitación doble

Incluye:

- Pasaje aéreo Santiago / Bariloche / Santiago en vuelo directo vía SKY, clase económica.
- Traslados Aeropuerto / Hotel / Aeropuerto en servicio privado (mismos vuelos del grupo).
- 5 noches en hotel Llao Llao habitación Studio Lago Moreno con desayuno (sector nuevo Edificio Ala Moreno).
- Resort fee.
- Seguro de Asistencia en viajes y rastreo de equipaje.

Reservas e información al 223 301 130 o en toursclub@mercurio.cl

*Valor en pesos corresponde al equivalente del precio publicado en dólares al cambio de \$978 al 21/10/2022, sujeto a variación según el día de la compra.